

Alguno de nuestros estimados amigos, que ha tratado este punto, parece haber indicado que, por condiciones generales de organismo, el hombre necesita descanso periódico, y aun, en nuestro caso, algo de bebida alcohólica que vigorice su organismo sirviéndole como revulsivo. En cuanto al primer supuesto, estamos conformes: en cuanto al segundo, si nuestros artesanos y jornaleros necesitan algo de alcohol, para su uso, ni es preciso el exceso, ni mucho ménos la huelga en día de trabajo.

Hay un hecho digno de notarse, y es, que somos propensos á abusar de todo, y aun parece que no sólo nuestra parte moral, sino también nuestro organismo nos impele á ese abuso con fuerza irresistible. Así pues, el que después de un trabajo asiduo en la semana, descansa el domingo, al día siguiente se siente más cansado é inepto que si hubiera trabajado la víspera: la obligación y la conveniencia moral se ponen entónces en lucha con el organismo, y por lo regular vence la pereza de éste á las insinuaciones de aquellas. Esto lo comprueba el hecho de que nuestros artesanos se encuentran torpes para el trabajo después de largos días de descanso, como sucede en la Semana Santa y otras festividades.

Desde hace algunos años se ha adoptado por los dueños de ciertos talleres, como sastres y zapateros, la costumbre de no dar trabajo el lunes á los oficiales que lo desempeñan fuera del taller. ¿Es esto porque temen que corran riesgo en ese día las prendas que les entregan? ¿O esta abstención de los dueños de taller será la que obligue á dichos artesanos á estar de huelga el lunes?

En fin, hay otra causa, y creemos sea la principal, para esa huelga: el ejemplo. Si hubiera pocos *santuneros*; si éstos fueran mal vistos en todas partes y aun por sus mismos compañeros de trabajo; si los dueños de taller no ocuparan á los que tienen tal costumbre, ésta se iría extinguiendo, y acabaría por no ser mancha de los artesanos, sino de los reconocidamente vagos.

El medio que propone el Sr. Diaz de Leon para evitar esa huelga, es suprimir la *raya* de los sábados y hacer el pago diariamente; creyendo que, no teniendo el artesano cierta cantidad en junto, se le quitaría uno de los alicientes de la perniciosa costumbre.

Creemos que el medio propuesto no daría buen resultado.

Convengamos, en primer lugar, en que no á todos los dueños de taller sería fácil hacer el pago diario: hay ciertas labores que, al quedar pendientes, no es posible valorarlas (á no ser que á todos los trabajadores se pusiese sueldo fijo); esta cuenta diaria sería demasiado engorrosa; y sobre todo, es indudable que no todos los dueños de taller podrían hacer ese desembolso paulatino, porque ya se sabe que muchos, para reunir el importe de la *raya*, tienen que hacer cobros en los dos últimos días de la semana.

En segundo lugar, todo lo que constituye un vicio ó una costumbre arraigada, no se combate con la escasez de medios pecuniarios. Seguros estamos de que, aun cuando se consiguiera hacer el pago diario, muchos artesanos irían ahorrando cada día para tener que gastar en su huelga del lunes; ó si esto no les era posible, sin hacer gasto alguno se entregarían también ese día al descanso y á la holganza.

Desengañémonos: esta es cuestión de educación; de esa educación que cria en el hombre sentimientos delicados y lo hace huir de todo lo que pueda ponerlo en mal predicamento á los ojos de los demás; de esa educación que le hace digno, y lo inspira escrupulosa nimiedad en el cumplimiento de sus deberes.

Eduquemos, pues, al artesano, y pongámoslo en un medio en que reciba sólo buenos ejemplos, y de este modo se extinguirán, no sólo la inconveniente costumbre del *santunes*, sino otras que hacen que la clase trabajadora esté actualmente abajo del lugar que propiamente le corresponde.

Este es nuestro modo de ver la presente